

LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL DE LOS DEFICIENTES MENTALES

Por el Dr. D. JOSÉ MARÍA DE VILLAVERDE

Médico del Real Hospital del Buen Suceso y del Instituto Cajal,
de Madrid

LA Sociedad de Estudios Vascos ha tenido la excelente idea de hacer que su IV Congreso se ocupe, exclusivamente, de las cuestiones relacionadas con la Orientación Profesional, en sus diferentes aspectos. Asunto es éste del que se habla todos los días, y en más de una ocasión llegaran a vuestros oídos, o veréis escritas, las cosas más peregrinas, que no podrán menos de llamaros la atención. La consecuencia lógica de ello será el convenceros de que lo que hoy prácticamente puede sacarse de los estudios realizados con fines de decidir para lo que sirve cada cual, o elegir entre los que a un mismo oficio se dediquen los más aptos—que ambas son las finalidades cuya resolución persigue la llamada «Psicología de la vocación» —es algo muy importante, que, con el prestigio que rodea a todo lo que, con mayor o menor razón, es considerado como científico, os seducirá sobremanera. Quizás otros participen de un convencimiento diametralmente opuesto, suponiendo que todo ello es fundamentalmente arbitrario y falso, aunque presentado con un indumento de los que puedan convencer a muchos.

Si hemos de hablar con sinceridad, de un modo absoluto, ni unos ni otros tienen razón.

La Psicología, considerada como ciencia, tiene una historia extraordinariamente breve, aunque en otra forma, desde los tiempos más remotos, se la haya cultivado. Creyéndose en posesión ya de una metodología segura y teniendo en su haber hechos indudables, es natural, dada la naturaleza de éstos, que se intentara hallar la aplicación de los mismos en el terreno práctico. La llamada vida social moderna ha presentado un campo en el cual existen un sin fin de problemas que quizás podrían comenzar a aclararse con la luz que arrojase la naciente ciencia sobre algunos de sus aspectos.

Así ha nacido la *Psicotecnia*, ciencia que, según Hugo Münsterberg, se ocupa de las aplicaciones de la Psicología a los problemas planteados por la civilización. Según otros, tal término y el de *Psicología aplicada* serían sinónimos, pero, en el fondo, lo que con ambos quiere expresarse se halla en la mente de todo el mundo.

La línea de conducta que ha seguido la Psicología moderna para estudiar los fenómenos mentales de un modo objetivo, valiéndose en ocasiones de aparatos, a fin de poder apreciar mejor algunos de sus detalles, se ha extendido a varios dominios. En Patología mental se ha pretendido analizar ciertas funciones mentales alteradas siguiendo el citado criterio; y la escuela de Kraepelin, que desgraciadamente, aunque quizás con razón desde cierto punto de vista, no ha sido imitada en ese respecto por otros metalistas, debe a tal tendencia una de sus características.

La *Psicología educativa* cuenta hoy con procedimientos para determinar el grado mental de cada uno de los niños que asisten al mismo grupo escolar, que, aunque con muchísimas deficiencias, suponen un serio esfuerzo y un progreso real. Si bien es cierto que sus resultados no han

llegado ni con mucho a lo que algunos suponen, no lo es menos que nos han enseñado muchísimas cosas que antes se ignoraban. Quién sabe si éstas no constituirán el fundamento de otros estudios más fructíferos en sus aplicaciones a la práctica.

En el campo de la llamada *Psicología pedagógica*, el alemán Meumann ha abordado diversos problemas didácticos desde un punto de vista nuevo y original. Desgraciadamente, no obstante su enorme porvenir, por el momento su esfuerzo no se ha continuado con el ahínco que merecía.

En suma, la aplicación de la nueva psicología ha encontrado innumerables campos. Hasta el psicoanálisis, que en estos años posteriores a la guerra ha pretendido invadirlo lodo y descorrer el velo del misterio de lo que se ha ignorado siempre, y probablemente se ignorara en lo sucesivo, no es más que una de tantas aplicaciones de la moderna psicología. Algunos de los métodos usados en su práctica—como el de las asociaciones—tienen cierta analogía con la técnica usada corrientemente en algunas experiencias de laboratorio.

De esta última aplicación, la Psicología de estos últimos tiempos no puede enorgullecerse. Mejor será no hablar.

El problema de la Orientación Profesional es, sin duda alguna, de los que más han preocupado en los Centros científicos y profanos. Que se haya hablado de él a propósito de la actividad industrial dice ya bastante sobre las esperanzas que giran en torno de esta cuestión.

Desde la más remota antigüedad, el ver de procurar que cada cual se dedicase a aquello para lo que tenía más condiciones, ha constituido una necesidad, que en todo momento se ha dejado sentir, que se ha resuelto en las formas que, según las ideas de cada época, se creían eran las más convenientes. Pero la complicación de la vida moderna y el que en la industria la producción se intensifique hasta alcanzar el grado realmente increíble de estos últimos años, han sido causa de que se dejase sentir cada día con más fuerza la necesidad de que cada cual estuviera en su verdadero puesto, por lo que a la elección de oficio se refiere. Como la ciencia moderna admitía ya, sin duda de ningún género, desde los estudios de William Stern, por lo que científicamente, pusieron de manifiesto los nuevos métodos, que existe una *Psicología individual*, es lógico que se pensara profundizar en este sentido. De esta manera quizá se pudiera llegar a que las cualidades psicológicas de cada individuo fueran conocidas detalladamente, en su totalidad, y sobre todo que las que tienen una aplicación práctica se pudieran aprovechar con el máximo de eficacia.

Sin embargo, confesemos, a fuer de sinceros, que hoy por hoy no puede decirse, en general, de estos estudios que han adelantado todo lo que fuera de desear, ni que en la práctica hayan dado los resultados que se esperaron en un principio. Claro está que el ocurrir las cosas de esta manera no quiere decir que aquéllos no deban continuarse, ni que quizás en el porvenir lo que prácticamente rindan no sea más positivo. Pero, para colocar las cosas en su punto, debemos dejar sentado con toda claridad que aunque en el estudio de estos problemas la marcha hacia adelante, aunque con alternativas, no se haya interrumpido, por el momento debemos dar a lo que poseemos la importancia que tiene, sin que nos esté permitido exagerar ésta. Fracasos parciales; momentos de duda y decepciones pasajeras que, en ocasiones, parece que harán, naufragar todo sobre lo que se habían concebido las ilusiones más optimistas y las mayores esperanzas, para de nuevo cambiar la decoración y volver a marchar sobre terreno firme, y esta vez ya de un modo más rápido, es lo que siempre ha ocurrido en los estudios de esta índole. Líbrenos Dios de exagerar todo lo que en ellos haya de equivocado, dando excesiva importancia a sus errores, a veces grandes. Pero no caigamos en el extremo opuesto, pretendiendo hacer creer a nadie que en el momento actual ni aún nos aproximamos a la resolución del problema.

Con razón, Fritz Giese llama la atención sobre los éxitos y los errores de la Psicotecnia—y de la Orientación Profesional como el ramo quizás más importante de ella,—poniéndonos en guardia ante la actitud equivocada que frente a los mismos pudiéramos adoptar.

En ocasiones se ha hablado de la Psicotecnia a propósito de problemas que hoy por hoy dicha ciencia no puede solucionar. Si se ha confesado impotente, esto ha servido a muchos, que equivocadamente creen en la omnipotencia de la ciencia, para poco menos que confesar su inutilidad. Si por el contrario, problemas que no podían científicamente ser abordados con probabilidades de éxito han constituido el objeto de estudio de personas que los han tratado con un espíritu

de demasiado «sentido común», tal como el vulgo lo entiende, y que coincidiendo con el gran psicólogo americano Edward Bradford Titchener creemos que en casi todo caso se halla en notoria pugna con la manera de observar los hechos y de discurrir sobre su valor conforme a los cánones de la Ciencia moderna, todo lo que se ha dicho es a lo sumo mala literatura.

Una orientación psicológica científica, pero llevada a la práctica de un modo erróneo, ha sido una dificultad con la que ha tenido que luchar la Psicotecnia al empezar sus estudios. Los experimentos psicológicos se han practicado de un modo demasiado elemental, y sobre su radio de acción y el porvenir que les estaba reservado se ha exagerado mucho. No olvidemos que Fechner—insigne fundador de la Psicofísica—era físico de profesión y, sin duda alguna, su manera de entender el experimento y su modo de plantearlo no coincidía con lo que debiera haberse hecho en el terreno psicológico.

Por añadidura, la investigación de los problemas de la Psicotecnia no ha encontrado en todo momento un orden de cosas favorable.

No se ha dispuesto de laboratorios especiales, que dado su enorme coste y lo poco que en un principio podrían dar de positivo era muy difícil que se fundaran. Pero, en cambio, se ha pretendido resolver los más complicados problemas con aparatos inadecuados y ha habido personas que de esta manera de proceder se han hecho propagandistas, contestando de un modo terminante a cuestiones que, con un criterio científico riguroso, por el momento había que dejar con una interrogación. La formación científica de muchos que prácticamente se han ocupado de resolver problemas psicológicos en relación con la Orientación Profesional es defectuosísima, y si han querido subsanar aquella con cursos breves que sólo les ha dado un barniz superficial, esto no ha hecho sino empeorar aquel estado de cosas. Ha ocurrido algo igual que con los *amateurs* de los *tests* o pruebas mentales, que de un modo automático han aplicado en los Estados Unidos el método de Binet-Simon y han pretendido dictaminar sobre la inteligencia de los niños examinados. La preparación insuficiente, por no decir absurda e incomprensible, de muchos que, en la psicotecnia industrial han creído haber hecho algo de provecho no ha conducido más que a resultados erróneos, y, lo que es más grave, han estado a punto de poner en ridículo lo que seriamente se había conseguido después de esfuerzos gigantescos.

La Junta directiva de la Sociedad de Estudios Vascos me ha encargado que os hable de «La orientación profesional de los deficientes mentales». He de deciros que, si concretamente y por lo que a la práctica se refiere, sólo en muy pocos oficios—policías, conductores de tranvías y de trenes, por ejemplo—os podría decir algo que realmente pudiera interesaros, el punto cuyo desarrollo se me ha encomendado es quizás, desde todos los puntos de vista, el más ingrato. Eso habla muy alto en pro del acierto con que la Junta ha procedido en la distribución de las ponencias encargando los temas verdaderamente brillantes a personas que los explicarían muchísimo mejor que yo. Por eso mi tarea resulta tan difícil; primeramente, tropiezo con la aridez del tema y, por si esto fuera poco, tengo que hablar delante de vosotros, que atabáis de oír a personas que por su ciencia y arte de conferenciantes habrán cumplido su cometido de un modo mucho más brillante que yo.

I

Los problemas que giran en torno a los niños mentalmente anormales, han preocupado en todo tiempo, y en estos últimos años, con los progresos de la Psicología, se ha creído, quizá un poco prematuramente, que algunos de ellos entrarían en vías de resolución. ¿Qué hacer con niños que con una inteligencia por debajo, y a veces muy por debajo, de la del promedio pueden vivir largos años y, en ocasiones, alcanzar una edad avanzada? ¿Podría enseñarseles algo con procedimientos pedagógicos especiales cuando los ordinarios han fracasado? Si llegaran a aprender algo que a los normales no les cuesta trabajo, ¿qué utilidad podía reportar esto prácticamente dadas las características mentales de aquéllos? Si es cierto que algunos niños—como desde antiguo ya se ha dicho—, no obstante ser su inteligencia menos que mediana, tienen talentos especiales, ¿es posible descubrir éstos para darles una educación en armonía con ellos y que de este

modo puedan ganarse la vida? No os cito más que algunos de los problemas que al azar se me presentan a la imaginación, pero ya con solo enunciarlos creo que estaréis conmigo, no dudando ni un instante de su inmensa importancia.

Però, ante todo, ¿qué es un niño mentalmente anormal? En la práctica, los términos *anormalidad mental* y *deficiencia mental*, al referirse a los niños, suelen confundirse, y a veces se emplean indistintamente. Sin embargo, son dos conceptos que no coinciden, el primero es mucho más amplio que el segundo. Para evitar errores creo que no se perderá el tiempo explicándoos ambos términos y, de pasada, insistiendo algo sobre lo que en cada caso constituye la anormalidad.

H. H. Goddard, quizás la autoridad principal que poseen los Estados Unidos en estas materias, define un niño anormal de la siguiente forma: «Es aquél que como consecuencia de un déficit acaecido en el momento del nacimiento o en su primera edad, no está al mismo nivel que los demás y no puede dirigir sus asuntos». L. Scholz y A. Gregor—autoridades alemanas de sobra conocidas en estas cuestiones—escriben: «Un hombre o un niño son anormales o no son psíquicamente normales cuando en su inteligencia o en las propiedades de su carácter hay algo que los diferencia del promedio y esta variación tiene lugar en el sentido de un déficit». Y un poco más adelante leemos en su excelente libro: «De un niño normal debemos esperar que dé de sí lo que corresponde a cada una de sus edades».

Por estas definiciones, échase de ver con toda claridad que de lo primero con que se tropieza en estos niños anormales es con que en la escuela no se conducen ya como los demás. En estas condiciones, su rendimiento—por lo que a aprender hace referencia—deja mucho que desear y en ocasiones es poco más que nulo.

Ahora bien, no vaya a creerse que el que un niño no aprenda en la escuela o no pueda dirigirse en la vida, sea debido siempre a una alteración de sus facultades mentales, que forzosamente ha de ser del mismo tipo. Nada más lejos de la verdad.

Entre estos retardados los hay cuya causa, por ejemplo, es frecuentar la escuela de un modo irregular. Al ocurrir las cosas así no pueden tener interés por nada. Por si el frecuentar poco las clases no bastase, únese a ello una forzosa falta de atención, y en estas condiciones, en lo referente a los conocimientos adquiridos, se hallan por debajo de los demás. Por otro lado, muchos procedimientos pedagógicos rutinarios y anticuados, o en pugna con la mentalidad del niño, son responsables de que su rendimiento escolar sea escaso. Continuados, conducirán al desvío del niño, primero, y a la aversión, después, con respecto a todo lo que sea aprender. Si el mal se prolonga durante mucho tiempo, remediarlo costará muchísimo trabajo. Los retardados de este grupo son designados con el nombre de *retardados pedagógicos*.

Otros niños no adelantan en la escuela porque su sentido de la vista o el del oído tienen algún defecto que se lo imposibilita. No olvidemos ni un instante que ambos sentidos sirven para que al educarse un niño adquiera los conocimientos que más adelante constituirán la base de su experiencia. La elaboración del material acumulado conduce a la formación de conceptos, pero esto se realiza de un modo insuficiente si lo que los sentidos citados suministran no es como en un niño normal.

Todos los maestros conocen perfectamente la dificultad que algunos niños tienen para aprender por ser cortos de vista. Tratándose del caso especial de este sentido, debemos subrayar el hecho de que hasta hace muy poco tiempo sólo se fijaron los pedagogos en los niños que no podían ver el encerado a una cierta distancia. Las anomalías de otro tipo, que no se manifiestan de un modo tan escandaloso, no fueron objeto de una atención tan grande. Por eso, nunca se insistirá lo bastante sobre el hecho de que los pequeños grados de astigmatismo, por ejemplo, deben diagnosticarse a tiempo, pues además de impedir una visión correcta, producen trastornos nerviosos que a su vez imposibilitan de todo punto el fijar la atención.

Por último, hay niños que no pueden aprender en la escuela por tener una anomalía en sus facultades mentales. Estos son los verdaderos *niños anormales*, y su defecto puede ser de varias clases. La consecuencia de esto es que el pronóstico que pueda hacerse sobre lo que en definitiva sean capaces de dar de sí sea completamente distinto de un caso a otro.

Algunos de estos niños se dan en seguida a conocer por llamar en ellos la atención de todo

el mundo las anomalías en la esfera del *carácter*. Inquietos, nerviosos e incapaces de sostener la atención ni de acomodarse a la disciplina de la escuela, acaban aprendiendo poco y mal. Esto es aún más chocante si se tiene en cuenta que muchos de estos niños están dotados de una inteligencia buena y en ocasiones hasta muy buena. Por esta razón, el pronóstico que de ellos puede hacerse no es del todo malo, y, a veces, cambiando los métodos de enseñarles o poniéndolos en condiciones especiales de aprender, acaban dando un aceptable rendimiento pedagógico.

Los que por una lesión sobrevenida en la época fetal o en el momento del nacimiento, o aún sin que exista lesión, por lo menos de consideración, presentan un *déficit de sus facultades intelectuales propiamente dichas*, son a los que con toda propiedad puede designárseles con el nombre de *deficientes mentales*.

No es nuestro propósito entrar aquí en detalles de cómo se producen las lesiones del cerebro de estos niños, ni la clase o intensidad de las mismas. Baste señalar de pasada que cuando un proceso inflamatorio ataca a un cerebro durante la vida fetal, y por consiguiente en pleno desarrollo, los efectos que produce son de una enorme magnitud y desde luego irreparables. Algo parecido sucede cuando el cerebro es lesionado al momento de nacer, aunque aquí los destrozos sean ya de menor consideración. En ambos casos, la consecuencia en el ulterior desarrollo de la inteligencia es siempre la misma; los niños incluidos en ambos grupos presentan un desarrollo insuficiente de aquélla, y a poco importantes que sean las lesiones cerebrales tal orden de cosas adquiere caracteres de importancia.

Finalmente, hay casos en los que durante la vida pudo observarse en todo momento un déficit manifiesto de las facultades intelectuales y, sin embargo, no se ha podido adquirir la menor noticia de que el cerebro haya sido lesionado en ningún momento. Generalmente el retardo de la inteligencia no es aquí muy grande, pero, no obstante, estos casos son los que por más de un concepto tienen socialmente más importancia. Los italianos los llaman, en oposición a aquellos en los que un antiguo proceso inflamatorio cerebrales es causa de la anomalía, *formas degenerativas*.

Ateniéndonos a la intensidad del retardo intelectual de estos deficientes, hace tiempo ya que es clásico el dividirlos en *idiotas, imbeciles y débiles mentales*. La línea divisoria entre cada uno de estos grupos se ha establecido siguiendo criterios distintos, y es arbitraria ya que varía según el sentir de los diversos autores.

Un error—y a nuestro sentir muy grande—es el que se ha cometido al seguir a Wildermuth, pretendiendo comparar los grados del retardo, ya definitivo de los deficientes mentales, con los de las diversas edades de los niños normales con la pretensión de expresar de este modo el nivel a que habría quedado fijado para siempre la inteligencia de los primeros. Las cosas jamás ocurren en la naturaleza de un modo tan esquemático. En el caso concreto presente, debemos dejar sentada la afirmación de que fundamentalmente la diferencia entre un normal y un anormal es algo más complicada y tiene otros muchísimos aspectos que los de una cuestión meramente cuantitativa.

Tomando el desarrollo del lenguaje como criterio para la separación de los citados grupos, Binet y Simon comparan los idiotas adultos a niños normales que han alcanzado a lo sumo la edad de dos años, y los imbeciles a los que se hallarían entre los dos y los siete. De estas clasificaciones os podría citar muchas, pero no merece la pena, pues no están hechas más que con arreglo a puntos de vista personales.

De todos modos, si en los idiotas el lenguaje articulado ha llegado a desarrollarse, no han pasado intelectualmente mucho más lejos del ya citado nivel. Su cuerpo presenta, por añadidura, síntomas como malformaciones craneales, macro y microcefalia o parálisis, etc., que dicen ya lo bastante en el sentido de que en aquel cerebro existen lesiones focales, amén de las difusas, como restos indelebles de lo que en otro tiempo allí sucedió.

En los imbeciles, si no son de un grado muy grande, ocurre que ya pueden adquirir cierta instrucción, aunque sea imposible que ésta llegue hasta un determinado nivel. Además, y esto es más grave aún, lo que han aprendido no saben adaptarlo a nuevos fines ni combinarlo en la forma que las necesidades del momento se lo exigen. No son aptos, en una palabra; para dirigirse solos en la vida. Generalmente—a no ser que el retardo de su inteligencia sea ya de cierta magnitud—no suelen presentar síntomas físicos tan marcados como los descritos en el caso anterior.

El tercer grupo de deficientes mentales, con los que ordinariamente nos encontramos en la práctica, lo constituyen los que al lado de una disminución de su capacidad intelectual mayor o menor, presentan anomalías en la esfera del carácter. De antiguo, y según sean inquietos, o por el contrario, su manera de ser se manifieste apática, se designa a los imbéciles con los nombres de *eréticos* y *tórpidos*. En los de estos dos grupos y aún en aquellos que no se puede con toda claridad incluirlos en uno de ellos, sus sentimientos, aspiraciones, manera de reaccionar, valor que dan a las cosas, aparte su manera de comprenderlas, los separan grandemente de los normales.

Es principalmente en los *débiles* donde todo esto se ve con el máximun de claridad. Muchos de estos individuos, aunque de inteligentes no tengan nada, por su audacia, ausencia de escrúpulos o espíritu de intriga, se lanzan a empresas que en ocasiones les salen bien. El resto de los mortales, acostumbrados a «juzgar de la inteligencia de sus semejantes con arreglo a su fortuna o por la vega en que se hallen»—como ha escrito no sin ironía un moralista francés—, los juzga poco menos que como genios. Es preciso, en estas circunstancias, que el infortunio se ensañe con uno de estos a quienes su buena estrella colocó en lugar preeminente, para que muchos de sus semejantes se formen cabal cuenta de lo poco que daban de sí sus facultades intelectuales. Al juzgar unos hombres de otros, la inteligencia humana como se ve funciona en la práctica de un modo que es como para enorgullecerse.

De lo que antecede, dedúcese que el examen de un presunto anormal debe hacerse con detenimiento y al hacer su ficha debemos dejar consignados en ella los siguientes extremos:

El rendimiento pedagógico, si es que ya ha asistido el niño a la escuela. Debe anotarse todo detalle por pequeño que sea sobre la manera de aprender, los conocimientos que haya podido adquirir, en qué materia ha demostrado mayores aptitudes, etc. Esto es aún mucho más importante si se tiene en cuenta que unido al resultado del examen mental puede permitirnos pronunciarnos sobre extremos que de otro modo hubieran permanecido oscuros. No olvidemos que sobre algunas funciones mentales, como, por ejemplo, la atención, el maestro puede hacer observaciones más valiosas que el psicólogo que sólo practique un examen mental de poco tiempo. Por añadidura, ciertas características mentales «de conjunto» es solo el maestro quien puede apreciarlas. Lo que los ingleses llaman «sentido común» y «talento práctico», caen de lleno dentro de este grupo.

Tengamos en cuenta—como más adelante expondremos con mayor detenimiento—que la apreciación de la inteligencia por el maestro es un procedimiento que puesto en práctica por personas inteligentes y que por añadidura posean cierta preparación psicológica, puede conducir a excelentes resultados.

El examen médico del presunto anormal ha de ser completo y deberá comprender varios extremos. En primer lugar, no se ha de descuidar ningún aparato, ya que causas al parecer insignificantes pueden producir grandes efectos. Las vegetaciones adenoides tan frecuentes en la infancia, cuyas consecuencias empiezan a conocerse en toda su magnitud, constituyen un ejemplo de esto.

Un atento estudio de los órganos de los sentidos es de importancia fundamental. La vista y el oído, sentidos principalmente encargados de adquirir la experiencia que servirá de base para la formación de los conceptos, deben considerarse como objetivos de consideración especial. No olvidemos de que son a veces los pequeños defectos los que conducen a resultados que por su magnitud no guardan relación con aquellos. Quien se haya ocupado un poco de estas cuestiones, estará convencido de esta gran verdad.

Por último, un examen neurológico es de importancia mucho mayor de la que se le ha dado hasta el momento presente. Que se observen ciertos síntomas no tan solo denota la existencia de antiguas lesiones del encéfalo, de cuyo conocimiento debemos tener exacta cuenta, sino que para la aplicación de ciertas pruebas mentales es este un punto capital. Así, por ejemplo, la ordenación de pesos en el método de Binet Simon exige conocer el estado de ciertas funciones fundamentalmente motoras, y sin esto el juicio que hagamos si el examinado dá un resultado negativo será erróneo.

Queda, por último, *el estado mental* del niño, en lo que nos detendremos un poco más por ser este extremo el que particularmente nos interesa. Desde luego, al llegar a este punto distingui-

remos en principio la vida mental afectiva y la propiamente intelectual. Esta división es fundamental y en ningún caso debemos olvidarla.

En la vida mental afectiva entran los sentimientos, el carácter y, como una derivación forzosa de esto, la manera de reaccionar de cada cual. Es mucho más importante de lo que a primera vista pudiera suponerse, ya que es aquí donde fundamentalmente nos diferenciamos unos de otros. Por eso en los niños supuestos anormales debe estudiarse este punto con gran detenimiento, pues a igualdad de inteligencia el pronóstico varía de un modo extraordinario.

Para el estudio de las características afectivas, instintos, tendencias, etc., de un sujeto no existe hoy día más que un camino: la observación, y cuanto más continuada sea, mejor. Debe hacerse este estudio hallándose el sujeto a observar entre sus semejantes y en múltiples circunstancias, cada una de las que, con las situaciones que frente al mismo creen, sean causa de que reaccione ante ellas de un modo u otro. Este examen es difícilísimo; en la psiquiatría moderna es algo fundamental, debiendo decir con toda sinceridad y profundo dolor que hasta el día hemos visto poquísimas personas capaces de llevarlo a cabo sabiendo apreciar lo que realmente tienen ante la vista. Estudiar a una persona en estas circunstancias supone un fino espíritu de observación que no es frecuente, un claro y certero juicio para en cada acción separar lo esencial de lo que no tiene importancia, una ausencia absoluta de prejuicios para no interpretar todo lo que se ve necesariamente en un sentido y, por último, un conocimiento grande de la vida y del corazón humanos, que si se llega a adquirir es solamente a fuerza de años y desengaños. Es ésta la razón por la que en muchísimos dictámenes jurídicos hechos por mentalistas se ve solo al lector de libros que no ha digerido y que, desde luego, en la práctica no tiene idea del valor que debe atribuir a lo que ha aprendido después de tantos desvelos estériles. En poquísimos terrenos como éste podría decirse con tan grande propiedad que son muchos los llamados pero pocos los elegidos.

La moderna psicología pretende disponer de «tests» con los que pretende averiguar el carácter del examinado y, lo que aún es más difícil, sus sentimientos morales y la manera de reaccionar socialmente a base de los mismos. Creemos firmemente que esto prácticamente no tiene ningún valor.

Si en los métodos de Hermann o de Fernald el niño debe dar su opinión sobre cuadros que representan escenas recomendables o dignas de censura, el resultado que se ha sacado de ello y las esperanzas de Pototzky no están justificadas. Tal manera de proceder no nos indicará nada de cómo reaccionaría el niño ante situaciones que la vida le presente y en las que ha de actuar como protagonista.

El estudio de las funciones intelectuales propiamente dichas, dada su importancia, merece que hagamos capítulo aparte.

II

Desde muy antiguo, determinar el grado de la inteligencia de una persona ha preocupado, y, en cierto modo, se resolvía en muchos casos. ¿Cómo se hacía esto? Pues, sencillamente, de una manera meramente subjetiva: el que tal juicio hacía, llegaba a él buenamente por lo que había podido apreciar conforme a su personal criterio. El estudiar objetivamente las características intelectuales de los niños data de no hace muchos años.

Al consultar las opiniones de varios maestros modernos de la Psicología, vemos que sobre el concepto de lo que realmente deba entenderse por inteligencia distan mucho de estar de acuerdo. No quiero molestaros con la exposición de las opiniones que sobre este respecto profesan Charles Spearman, Thorndicke o Binet, que representan las tres tendencias en torno a las que se agrupan el sentir de los demás. ¿Cómo, entonces, podrá intentar medirse una cosa que fundamentalmente se desconoce? William Stern, el gran psicólogo alemán que a esta cuestión ha dedicado largos años de asiduo trabajo, dice que en el mundo físico hay muchos casos análogos y que tampoco se sabe en qué consiste la esencia de una corriente eléctrica, lo que no impide que pueda medirse. Sin embargo, comparar en esta forma los fenómenos intelectuales con los del

mundo físico y sobre todo con el caso concreto de la corriente eléctrica, constituye un gravísimo error.

Fundamentalmente, los procedimientos que se han empleado para determinar el grado de inteligencia, pueden reunirse en dos grupos: físicos y psicológicos.

De antiguo se ha pretendido que a tal cara o tipo de facciones corresponde tales características intelectuales, y por muchos autores, cuya obra ya sólo tiene un interés histórico, se han sentido leyes que habrán de servirnos para averiguar lo que en todo caso ocurriera.

Más modernamente se ha querido establecer la relación entre uno de estos caracteres físicos, por ejemplo, el volumen del cráneo, y la inteligencia, pero todo sistema, basado en estas correlaciones psicosomáticas, puede considerarse definitivamente mandado retirar. Por muy grande que para llegar a ciertas conclusiones haya sido el número de observaciones—dato muy de tener en cuenta y de fundamental importancia—es lo cierto que todas las causas de error no entraban ni podían entrar en el cálculo, con lo cual el resultado definitivo tenía que adolecer de esta deficiencia. De todos modos, justo es, al llegar a este punto, rendir el homenaje que es debido a la memoria de los dos grandes sabios ingleses Francis Galton y Charles Pearson, pues gracias a ellos el cálculo estadístico ha sido aplicado de un modo serio a las ciencias de observación. Aunque su labor concienzuda y honrada ofrezca algunos puntos débiles, debiera ser más conocida por los médicos, pues ello les impediría en más de una ocasión llegar a conclusiones que son manifiestos disparates.

Mención especial merece la influencia que han tenido los estudios antropológicos, tal como Cesare Lombroso los entendió, en el problema de la determinación del grado de inteligencia. El brillante antropólogo italiano y los que le siguieron han supuesto que si la inteligencia era defectuosa, si el individuo tenía cierto carácter o determinadas tendencias, podía averiguarse por el estudio de su cráneo. Hoy día, de esto ya casi nadie hace caso, y el silencio casi general que se guarda sobre esta materia tiene más elocuencia para convencernos que todos los argumentos que yo os pudiera hacer.

Estos fueron ya los últimos intentos para deducir de los caracteres físicos las propiedades de la inteligencia. Desde entonces seguir un camino psicológico para resolver la cuestión se ha generalizado cada día más.

La prioridad de la aplicación de pruebas practicadas en un laboratorio a un gran número de individuos sacando de ello conclusiones con vistas a diversos fines, hay que atribuirlo al gran hombre de ciencia inglés Sir Francis Galton. Es verdad que lo que con esto se propuso no fue ciertamente, al principio, que lo que observaba fuese aplicable a una psicología individual, ya que la Eugénica y la Antropología eran ciencias que en su mente ocupaban un lugar preponderante; pero señaló un camino nuevo que luego fue pródigo en resultados. En páginas brillantes expuso su manera de pensar y acabó manifestando su convicción absoluta de que para la determinación del grado intelectual de un sujeto no basta la consideración de los progresos de la escuela ni los que pueda realizar en otros órdenes sociales. «El estudio de los clásicos, de las matemáticas y otras materias—escribía—que se cultivan en las Universidades como especialidades académicas, no constituyen pruebas para indicar el valor intelectual». Galton se ocupó principalmente de las pruebas y medidas físicas, no dando a las mentales más que una importancia secundaria, ya que las consideró como una «rama de la antropometría». No obstante, muchas de aquellas pueden considerarse como psicológicas o, cuando menos, como intermedias entre estas y las físicas. La fuerza medida con el dinamómetro, la agudeza visual, auditiva y táctil, el tiempo de reacción, etc., pertenecen a este grupo.

De los estudios de Galton arrancan las experiencias de Mac Catell. Aunque no siempre con la aprobación de las autoridades psicológicas de entonces, continuó con gran asiduidad su labor desde 1885 a 1890, para afirmar, de un modo rotundo, que con determinadas pruebas mentales pueden conocerse los peculiares caracteres intelectuales de cada persona. En los Estados Unidos hubo sabios que siguieron por el camino iniciado y los esfuerzos de Scripture merecen especial mención. En Alemania, Kraepelin fue un decidido partidario de las pruebas mentales para dicho fin, y en Francia, Binet ha sido quien con más tesón y perseverancia ha encauzado sus esfuerzos en ese sentido.

Posteriormente, todos los psicólogos han sustentado la opinión de que ante determinadas pruebas mentales cada persona puede dar un rendimiento diferente. Esta manera de pensar ya, tácitamente, está admitida por todos los que han querido estudiar la interdependencia de las facultades intelectuales. Si así no hubiese sido, los estudios llamados de «correlación» no hubiesen podido realizarse.

Sobre lo que no se pusieron de acuerdo los autores fue sobre las pruebas que debían elegirse para los fines propuestos.

Ha habido algunos psicólogos que han sido partidarios de usar una sola prueba, como, por ejemplo, la de Ebbinghaus. En tal caso, ésta debía reunir ciertas condiciones y ser, por decirlo así, «global», haciendo intervenir varias funciones mentales sobre la base de la asociación de ideas que en cierta forma constituye el fundamento de la inteligencia. La práctica a seguir, si de esta suerte hubieran prosperado las cosas, no podía ser más cómoda. Con muy poco trabajo hubiéramos podido en cada caso resolver la cuestión. Desgraciadamente bien pronto se vio que si de tal suerte se procedía, se seguía un procedimiento que era equivocado.

Aun en el caso de que por una sola prueba se pudiera clasificar intelectualmente a los niños de un grupo escolar, eso se haría de un modo demasiado unilateral. Desde luego, conocerlos según las particularidades de cada una de sus facultades mentales sería imposible. Hoy día, por esta razón, la unanimidad es absoluta en el sentido de que debe explorarse a los niños con series de pruebas mentales. El número de éstas varían según los autores y todos las han elegido muy diferentes unas de otras, conforme a lo que se proponen examinar.

No insistiremos sobre cada una de estas series de pruebas mentales. Sólo nos ocuparemos de pasada sobre la «escala graduada de la inteligencia», de Binet y Simon.

Alfred Binet primeramente hizo estudios de cefalometría (1898-1901) para ver las relaciones que las características del cráneo podían guardar con el desarrollo de la inteligencia. Después abandonó tal camino y adoptó pruebas mentales. Antes de proponer un procedimiento que pudiera en la práctica ser útil, adquirió una gran experiencia sobre las características mentales del niño. Sus publicaciones sobre los niños anormales, sobre la fatiga intelectual, sobre la sugesibilidad y, en especial, su estudio experimental sobre la inteligencia, aparecido en 1903, nos demuestran bien a las claras el ahinco y perseverancia con que se dedicó a resolver problemas de tan excepcional importancia.

En 1905, en unión con Simon, Binet publicó su serie de pruebas mentales para la determinación de las diferencias individuales de la inteligencia. Es aquí cuando por vez primera se habla de la «escala graduada de la inteligencia».

Como en la forma propuesta la serie de pruebas adolecía de muchos defectos, en 1908 se hizo una modificación, teniéndose en cuenta lo que la práctica había enseñado.

En 1911, Binet y Simon publicaron otra modificación de su escala. En ella, para cada edad mental se proponen cinco pruebas, excepto para las más adelantadas. Esto es ventajoso porque de este modo los resultados se pueden expresar mejor. En esta nueva serie algunas pruebas se cambiaron de sitio, ya que la experiencia demostró que anteriormente no se habían puesto en el lugar que realmente debían estar colocadas.

Respecto a los «tests» que entran en la composición de la «escala» puede decirse que son de todas clases. Los hay que exploran las dos clases de memoria (de cifras y de ideas), la asociación, el adaptarse a nuevas situaciones, el formar un juicio en diversas situaciones y partiendo de la experiencia adquirida por varios sentidos, etc. En general, puede dividirse a los «tests» del método de Binet en dos grupos: los que pudiéramos llamar verbales y los propiamente intelectuales. Los primeros se relacionan más de un modo directo con la experiencia anterior, mientras que los del segundo grupo ponen de manifiesto cómo el niño explorado adapta lo que sabe a las nuevas condiciones que se le presentan.

La escala de Binet-Simon se diferencia grandemente de cualquiera otra serie de «tests». En ella, las pruebas mentales están ordenadas en forma que su dificultad sea creciente. Además, para las diversas edades físicas del niño propone pruebas cuya resolución consideró como característica y específica en cada una de ellas.

Con la modificación de 1911, Binet y Simon creyeron que la ordenación gradual de las pruebas según su dificultad era ya definitiva. Después de usar el método en los Estados Unidos, Goddard habló de la «exactitud matemática» del mismo. En una palabra, ocurrió lo de siempre: se había descubierto algo nuevo y el resultado de sus primeras aplicaciones, expresión de una experiencia incompleta en extremo, tendía a ensalzarlo hasta lo inconmensurable. Las lagunas y los defectos se irían viendo poco a poco después.

La ordenación progresiva de las pruebas, conforme a su dificultad, no se consiguió en la modificación de 1911. «Si los resultados obtenidos en otros sitios—decía Binet—no son esos, hay que buscar la causa de esto en una incapacidad del experimentador o en deficiencias del ambiente social». ¿Qué debemos entender por ambiente social?, ocurre preguntar al llegar a este punto. Indudablemente, algo muy complejo en donde entra la educación del hogar, las relaciones familiares, el medio en que el niño se ha desenvuelto, las enseñanzas que ha recibido. Si así entendido el «ambiente social» es causa de que los resultados sean diferentes de un sitio a otro, debemos confesar que estos expresan no solo la inteligencia propiamente dicha, sino también influyen en los mismos factores que, según el propósito de Binet, no debían jamás entrar en juego.

La experiencia fue cada día poniendo de manifiesto más hechos nuevos. Los niños de clases acomodadas, resolvían un número mayor de pruebas que los de un medio social más humilde. La mayor instrucción traía como consecuencia la resolución de un número de pruebas mayor.

Por lo que se refiere a que la resolución de un determinado «test» deba tener lugar a una cierta edad, lo que se ha visto, tampoco ha dado la razón a Binet. ¿En qué razones se ha basado el sabio psicólogo francés para hablar de la especificidad de una prueba para una edad determinada? Binet, conforme a sus primeras experiencias, nos ha dicho que la resolución de una prueba debe considerarse como normal para una determinada edad, siempre que la resuelvan el 50 por 100 de los niños de esta misma edad. Otros psicólogos como Bobertag y Goddard dicen que para adjudicarle dicho carácter debe ser resuelta por el 75 por 100 de los niños examinados. El tanto por ciento que debe exigirse para llenar dicha condición, varía según los diversos autores: 66 por 100, Termann y Childs; 55 por 100, Eltes, etc.

Es evidente que ateniéndonos sólo a las enseñanzas del cálculo estadístico, la cifra verdadera sería la del 75 por 100. Sin embargo, en la práctica hay aquí que tener en cuenta muchas causas de error que se encuentran en otros sitios.

Supongamos que una prueba para ser la indicada como específica para niños de cierta edad, deben resolverla un tanto por ciento de estos. Para ello, es preciso practicar la prueba en un grupo de escolares. Es lógico que cuanto mayor sea el número de niños en los que se experimente, con arreglo a las normas matemáticas, las causas de error deben ser menores. Conforme a esto, las estadísticas de Goddard en Estados Unidos, Bobertag en Alemania, y Umberto Saffiotti en Italia, hasta cierto punto se hallan al abrigo de ciertas críticas. Ahora bien, conviene preguntar, ¿cómo es el grupo de niños en el que se ha experimentado?, ¿es homogéneo en cuanto a su educación, grado de cultura, enseñanza recibida, etc?, o, por el contrario, ¿es heterogéneo desde estos últimos puntos de vista? Indudablemente, era homogéneo o relativamente homogéneo, y por eso los resultados no eran más que la expresión de lo que ocurría en esas condiciones. De aquí el grave error que cometió Binet al hablar de la «universalidad» del método y creer que en todo caso tenían que suceder las cosas como él las había visto. Afirmar que los resultados diferentes a los suyos dependían sólo del factor «inteligencia» era discurrir con arreglo a prejuicios teóricos que, por añadidura, no eran exactos.

La gran aplicación que se ha hecho del método de Binet en todos los países, ha confirmado todo esto hasta el punto de que nadie pueda ya dudar de ello. Cada autor ha encontrado que ciertas pruebas son demasiado fáciles o demasiado difíciles para las edades que Binet les adjudicaba en la escala de 1911. Es más chocante todavía, que las modificaciones que se han propuesto sean diferentes de un país a otro, y que esta diferencia sea en ocasiones ya de cierta consideración. La enseñanza que debemos sacar de esto es de las que no deben olvidarse. Descartado como absurdo el que los niños de ciertos países sean más o menos inteligentes que los de otros, sólo nos queda una explicación, y esta es que *en la resolución de los tests* influyen las costum-

bres, el medio, la educación, la enseñanza y hasta la mayor o más restringida extensión de los conceptos que se forman de un modo algo diferente, en relación con ciertas características del idioma o dialecto del país natal.

Sin embargo, al lado de estos inconvenientes algo se había visto que era verdad. Los resultados del método de Binet concordaban en cierto modo con el grado de inteligencia apreciada por la manera de conducirse el niño y con el rendimiento escolar. Algo era, pero no, ciertamente, lo que sus autores se habían propuesto.

III

El método de Binet-Simon ha hecho en todos los países concebir grandes esperanzas. No obstante, al mismo tiempo, cada experimentador ha visto que adolecía de ciertas deficiencias, para corregir las cuales ha propuesto las modificaciones que ha creído indicadas.

Las modificaciones principales en la escala métrica de la inteligencia se han hecho en los Estados Unidos, y tienen un cierto valor desde el momento que para proponerlas se han examinado un número considerable de niños.

H. H. Goddard ha sido, sin duda, de los que más experiencia tienen en estas cuestiones. En 1911, siendo director de un Centro de anormales, en Vineland, Estado de Nueva Jersey, tradujo al inglés las pruebas de Binet. La traducción conservó los «tests» de la serie de Binet, de 1911, tal como habían sido propuestos, y añadió dos pruebas más. Goddard defendió con gran calor esta ordenación de las pruebas y creyó en su infalibilidad. No obstante, la experiencia ulterior le hizo ver que las cosas no eran tan sencillas.

En la modificación propuesta por R. M. Yerkes se proponen veinte pruebas, de las que diecinueve están tomadas de la escala de Binet, y a ellas se ha añadido una nueva. Esta última ha sido propuesta por los autores ingleses, que de ella han hecho gran uso, y es la llamada «prueba de las analogías». Claro está que los «tests» elegidos por Yerkes son aquellos del método de Binet que, en el sentido de aquel, tienen más valor para el fin propuesto. La manera de expresar el resultado de las pruebas era más completa que en el método de Binet. En la práctica, esta modificación no ha dado grandes resultados.

La modificación de Termann y Childs merece mención especial. Esta nueva escala contiene noventa pruebas. Para muchas edades, se han propuesto seis «tests» en vez de cinco, que es lo que sucede con el Binet de 1911. De este modo los resultados se expresan mejor (un «test» para cada dos meses). Por añadidura, se han introducido varias pruebas, sobre todo en las edades superiores. La interpretación de fábulas, el hallar semejanzas y diferencias y otras cosas por este estilo, pertenecen a éstas. Otras pruebas son de otro tipo, y con ellas se pretende que el problema que el examinado tiene que resolver se aproxime a una de las infinitas situaciones a las que en su vida tendrá que dar frente.

Echase de ver en estas innovaciones que ya los autores creen que en el fondo no son las cosas tan sencillas y prefieren—sobre todo para las edades más elevadas—pruebas que examinen las facultades intelectuales más en conjunto. Los «tests», cuya finalidad es examinar solo una función aislada, tienden a ser considerados como de menor valor. Es por eso doblemente lamentable que en la excelente modificación de los dos psicólogos de California incluyan aún ciertas pruebas del método de Binet, que poseen un valor extraordinariamente discutido. Esto trae la desagradable consecuencia de que la aplicación de esta escala dure más tiempo que el método original de Binet lo que podría abreviarse prescindiéndose de ciertas pruebas.

En general, el método de Termann ha dado buenos resultados. Sin embargo, aquí ocurre algo que ya hemos indicado anteriormente más de una vez; que lo que se consideró como excelente para los niños del sitio donde la modificación se propuso, no lo es tanto para los de las otras regiones. El método de Termann no ha disfrutado en Inglaterra de una gran aceptación, y una persona de la competencia de Cyril Burt propone que mientras no se arreglen las cosas de otra manera, en dicha nación se siga aplicando el método original de Binet.

Nuevas adaptaciones del método de Binet se han hecho en todas las naciones, y, al ser dife-

rentes en todas ellas, la lección que se desprende es de las que no se deben olvidar. En la modificación de Saffiotfi se tiene en cuenta no sólo la edad del niño, sino también el grado de la clase en que se halla. Gran paciencia ha requerido la confección de tal modificación para llegar a la conclusión de que no es ya sólo los resultados de los «tests» lo que nos permitirá formarnos idea de la inteligencia del niño. Si partimos de la base de que ya éste se halla en una cierta clase y para llegar a ésta y haber dado el correspondiente rendimiento escolar, su inteligencia ha debido reunir ciertas condiciones, esto hay que unirlo a los resultados de las pruebas para que formemos un juicio. No es nuestro propósito demostrar la bondad o las deficiencias de este método, ¡pero, qué lejos nos hallamos de cuando Binet pretendía medir la inteligencia sin cultura (*sans culture*)!

Nosotros, por consejos de nuestro querido e inolvidable maestro, el profesor Simarro, comenzamos a ocuparnos de todo lo referente a los «tests» mentales en el otoño de 1912. Aunque los estudios de correlación mental, siguiendo el camino de Krueger, en Alemania, y de Spearman, en Inglaterra, consumieron gran parte de nuestras actividades, el método de Binet lo estudiamos y aplicamos con especial cariño. Por eso creemos tener sobre él alguna experiencia y conocer prácticamente cuáles son sus ventajas y sus inconvenientes.

El resultado de las observaciones que hemos practicado en niños normales—que suman algunos cientos—nos ha enseñado que, en general, las pruebas del método original, están propuestas para las edades que realmente corresponden. Algunos «tests» propuestos para las edades superiores son difíciles y otros de las edades inferiores son demasiado fáciles.

En los niños que hemos estudiado, perteneciendo a las más variadas clases sociales y habiendo recibido educación muy distinta, cada una de las edades físicas en la mayoría de ellos presentó la misma edad mental (*at âge*, según Goddard) y los que presentaban una edad = + 1 + 2 + 3 ó - 1, - 2, - 3 eran muchos menos. Rarísima vez pudimos observar que las edades mentales—en niños por lo demás considerados como normales—pasarán de + 3 ó de - 3 y aún eran raros los casos que alcanzaban estas cifras. Casos de niños que no han mostrado en su vida notorio déficit intelectual y que conforme a lo hallado frecuentemente por Johnston y otros autores, poseían una edad mental de - 3, - 4, - 5, - 6, no nos ha sido posible ver jamás. Quizás en lo hallado por estos autores hayan influido ciertos factores, como la comprensión y uso del lenguaje, etc., que no han sido bien analizados y que convendría poner en claro.

En las edades superiores, la mayoría de los niños no alcanzaba la edad mental tal como lo preconiza el método de Binet, o dicho de otro modo: las pruebas, en este caso, eran muy difíciles. Ordinariamente, la mayoría de los niños se hallaban a - 1.

Por lo demás hemos tenido ocasión de enterarnos personalmente de detalles señalados ya por otros autores. Los niños de clases acomodadas, en general, nos han resuelto más pruebas que los de otras más humildes de la misma edad. Los niños que han dado sus edades mentales más altas han sido, en las tres cuartas partes de los casos, los que en su educación se había puesto más cuidado. Esto último es doblemente significativo tratándose de las edades superiores, por lo que los «tests», según el sentir general, resultan difíciles. Aquí, todos los niños que tenían la edad mental que correspondía a su edad física o en los queaquella era superior a ésta, pertenecían a clases acomodadas y muchos de ellos habían recibido clases especiales de diversas materias.

Al hablar de todo esto nos referimos a niños conceptuados como normales, por su manera de conducirse, su modo de aprender y por todos los detalles sociales relacionados con ellos, que nos han permitido llegar a dicha conclusión.

Creemos, por todo lo que precede, que el método de Binet de 1911 es aplicable en esta forma a los niños españoles. Algunas pruebas no se hallan colocadas en su sitio, pero esto sucede en un grado muchísimo menor que el que se ha podido observar en niños de otras naciones.

IV

Antes de hablar del método de Binet y Simon en los deficientes mentales, séanos permitido exponer algunos de sus defectos fundamentales.

Las pruebas del método de Binet son de las llamadas alternativas. El niño resuelve o no la

prueba; no cabe otra manera de expresar el resultado. Esto tiene lógicamente sus ventajas y sus inconvenientes. Lo primero radica en ser relativamente fácil, formarse una idea sobre la capacidad o incapacidad del niño para resolver una prueba, pero como por otro lado hay muchas maneras de resolver el «test», en esto se diferencian unos niños de otros y a veces de un modo grande.

La naturaleza de los «test» propuestos se halla en armonía con la manera que Binet tenía de ver los procesos puramente intelectuales. Esto, en teoría, es irreprochable, pero en la práctica adolece de graves defectos.

No es tan fácil como a primera vista parece proponer un «test» y llevarlo a la práctica con probabilidades de que su resultado pueda tomarse en serio. Para lo primero hay que tener presente todo el mecanismo psicológico que interviene al tratarse de resolverlo y para practicarlo y sacar deducciones es indispensable, conociendo dicho mecanismo, saber en qué parte puede dejar de funcionar normalmente y la significación de esto. *Es esta la única manera de que, caso de ser el resultado negativo, no atribuyamos esto de primera intención a que la función que pretende explorar se halla en condiciones de inferioridad.*

Muchos «tests» del método de Binet no son en la práctica sencillos de interpretar, de lo que se deduce que en ciertos casos su valor sea escaso. Para proponerlos hay que tener presentes un sinnúmero de particularidades, empezando por las del sentido, que es el encargado primeramente de adquirir la experiencia y qué condiciones de él deben exigirse en un caso determinado, para que la inteligencia sobre ello forme el juicio correspondiente. Sin embargo, este detalle se ha descuidado más de lo debido y como para practicar el método es preciso no sólo una buena formación psicológica, sino neurológica, al no existir esto los resultados tienen forzosamente que ser erróneos y desprovistos de valor.

No es—por ejemplo—infrecuente el caso en que debido a factores que han obrado antes de nacer o en el nacimiento, el cerebelo se halle lesionado. La influencia que esto tiene sobre la inteligencia es en sí nula, pero un cierto déficit de la función cerebelosa dificulta la apreciación de pesos. En estas condiciones, que un niño fracasa en una de estas pruebas no tendrá nada de particular, pero el resultado negativo se refiere a un «test» del método de Binet juzgado como verdaderamente intelectual. Sin embargo, la facultad de formar juicios y apreciar diferencias puede ser normal—o superior a la normal si se quiere—y si se nos presenta como deficiente es porque los datos sobre los cuales tiene que pronunciarse llegan ya en malas condiciones.

Ejemplos de estos podríamos citar muchísimos. La moraleja que debemos tener presente es que aún conociéndose algunas de estas causas de error existen muchas más aún por conocer y ello debe ponernos en guardia sobre las condiciones en que se practiquen las pruebas y el valor que a su resultado haya que concederle en más de cuatro casos.

Con esto se comprende cómo mucho de lo que se ha escrito sobre los resultados del método de Binet debe aceptarse con todo género de reservas. Al lado de personas dotadas de excelente preparación para estas cuestiones, que han sido las menos, ha habido muchísimas otras que no se hallaban en este caso. Estas creían que tenían en sus manos un excelente medio para averiguar el grado de inteligencia de todo niño que encontraban en su camino, y que, con aplicarlo sistemáticamente, lo que hallaran podía tener algún valor. El *amateur de «tests» mentales* es un tipo que surgió en los Estados Unidos ya antes de la guerra y de él hubo que preocuparse en más de una ocasión. En la reunión de Buffalo, en Julio de 1913, donde se trató de estas cuestiones, se insistió sobre la preparación psicológica que debe poseer todo aquel que quiera dedicarse a estos estudios. Precisamente, por no tener esta preparación y no pensar en su adquisición, es por lo que tanta gente se dedicó a estas cosas, ya que de ocurrir las cosas de otro modo, los que hubieran seguido este camino no hubieran constituido legión. La manía del método de Binet—como ha calificado Fritz Giesse a todas estas exageraciones y exhuberancias—ha hecho más daño del que puede imaginarse. «El método—ha escrito un eximio psicólogo alemán—habrá podido no servir en muchas ocasiones para formarse idea del grado de inteligencia del niño examinado, pero no cabe duda que en muchísimos casos nos ha dado cabal noticia de la del examinador». La frase es dura, pero aún con todo nos hemos convencido que es exacta a veces. Si en ella en vez de «inteligencia»,

hablando del examinador, ponemos «preparación psicológica y neurológica del mismo», entonces, por desgracia, la frase es exacta casi siempre.

En nuestro sentir, la objeción más grave que puede hacerse al método de Binet es la que ha servido para atacar a todos los métodos que a base de pruebas pretenden estudiar aisladamente cada una de las características de la inteligencia. Es cierto que cuando se propone una serie de «tests», cada uno de ellos es para ver una función de la inteligencia, pero, ¿es que, así las cosas, hemos visto ya todo lo que hay en ella? ¿El ver aisladamente cada una de sus funciones quiere decir que esto nos dé idea de todas sus maneras de funcionar, que es lo único que tiene valor en la práctica y realmente nos interesa?

Charles Spearman, psicólogo de personalidad de sobra conocida para ser subrayada, escribió a este propósito hace ya más de veinte años: «Cuando hacemos pasar una corriente eléctrica a través del agua y descomponemos ésta en burbujas de oxígeno e hidrógeno, tenemos nuestras buenas razones para suponer que hemos separado en aquella sus componentes elementales. Ahora bien, si afirmamos que en la decisión de Regulo votando en contra de la paz con Cartago, no existe más que un conglomerado de reacciones vitales, auditivas y táctiles combinadas entre sí en diversas formas, corremos un riesgo evidente de dejar escapar de entre las manos elementos psíquicos de gran importancia».

Verdad tan importante ha sido descuidada con grandísima frecuencia. En la inteligencia lo verdaderamente característico es la manera de desenvolver su acción cada una de sus facultades ante los problemas que la práctica presente. Esto se realiza en unos individuos en una forma, en otros en otra, y es precisamente aquí donde se encuentran las verdaderas diferencias individuales. Que hay sujetos que ante cierto orden de estudios u ocupaciones poseen una superioridad sobre los demás no puede negarse y, sin embargo, examinadas aisladamente cada una de sus facultades intelectuales no se hallan muy por encima de las de los otros. Este ejemplo no es sólo en el terreno de las capacidades especiales o talentos, sino también en el arte de formarse cabal y exacta idea de los problemas cotidianos y de las situaciones nuevas que en todo momento surgen. El interés y otros factores afectivos que accionan y espolean las facultades intelectivas determinando su manera de asociarse, la dirección en que han de entrar en juego y la mayor o menor intensidad con que esto tenga lugar, varían enormemente entre una prueba practicada en un laboratorio y las situaciones que en la vida hay que resolver.

Por estas razones el método de Binet adolece de un gran defecto inicial. Existen realmente diferencias individuales en el número y la calidad de las pruebas resueltas y esto guarda *alguna relación*—no tan grande como se ha pretendido—con el grado de inteligencia. Pero las verdaderas diferencias individuales no se hallan aquí y dejar estas a un lado tratándose de determinar el grado de la inteligencia, no puede ser más doloroso. Que esto no es una suposición *a priori* sino algo motivado por la práctica, nos lo pone de manifiesto un sinfín de hechos. Entre estos debemos mencionar el que los resultados del método de Binet *sólo hasta un cierto punto* concuerdan por un lado con lo que se ha podido averiguar de la inteligencia del niño, teniendo en cuenta todas sus exteriorizaciones y con el rendimiento que ha dado en la escuela. Inútil es culpar lo ocurrido en estos casos a que el método no se haya aplicado con las garantías debidas, ya que lo han hecho en muchos casos personas con excelente preparación para estas cuestiones; las causas deben buscarse en lo que más arriba indicamos. Ver el problema de otra manera sería una obcecación incomprensible e imperdonable.

Es ésta la razón por la cual, aún cuando en el fondo adolezcan de los mismos defectos, ciertas pruebas tienen muchísimo más valor que otras. Lo curioso es que cuanto más «globales» son los «tests» y menos se proponen explorar aisladamente determinada facultad intelectual, *sus resultados son de tenerse mucho más en cuenta*. Algunas pruebas de Binet propuestas para las edades superiores se hallan en este caso y entre otras pruebas que disfrutan de la aceptación general en dicho sentido, la de Ebbinghaus se halla a la cabeza. Los «tests» que Claparède ha llamado de la «inteligencia integral» merecen ser citados aquí.

Por todas estas razones, aún concediendo a las pruebas mentales la importancia que merecen si se interpretan de cierto modo, somos cada día menos partidarios de ellas.

En nuestro sentir cada día gana más terreno la convicción de que la única manera de apreciar las diferencias individuales de la inteligencia es la observación de los niños, pero llevada a efecto de una manera continuada y por persona que esté realmente capacitada para este objeto.

Aunque no se expresen de este modo, así lo reconocen de un modo tácito, aún los partidarios más decididos de los «tests» mentales. Cuando han querido asegurarse si éstos realmente poseían alguna eficacia, sus resultados los han comparado con los obtenidos con otro criterio que juzgaban el verdadero y realmente adecuado para dicho fin. Este método era el de la «apreciación subjetiva de la inteligencia».

«Cuando queremos pronunciarnos sobre el delicado punto de la «inteligencia» —ha escrito Spearman— el principio que debe guiarnos no debe ser el de comenzar por fijarnos qué facultad especial es la que realmente constituye la base de aquélla. Por el momento, lo que debemos hacer es examinar de un modo empírico todas las capacidades que tengan que ver con ella, procurando averiguar las relaciones entre unas y otras y las que puedan existir con otras funciones. »

Sin que sea definitiva, puede servirnos como modelo la línea de conducta que en este sentido ha seguido Spearman.

El sabio psicólogo inglés en sus experiencias sobre la correlación entre las facultades intelectuales, ha tenido en cuenta cuatro maneras de apreciar la inteligencia, observando otras tantas maneras que tiene ésta de exteriorizarse.

En primer término Spearman ha tenido en cuenta el rendimiento escolar. El número que cada niño ocupaba en clases de tres materias diferentes, como latín, griego y matemáticas, nos suministra indicaciones que no son de desperdiciar. No es forzoso que sólo se aprecien los rendimientos escolares precisamente en esas materias, pero lo esencial es que tengamos en cuenta los resultados en más de una disciplina. De una materia a otra suele haber diferencias y a veces grandes.

Otra forma de apreciar la «inteligencia» es a base del orden que los niños de una clase ocupan conforme a sus rendimientos, pero modificándolo al excluir de ello toda influencia debida a la «edad». El número de orden de cada niño en la lista corregida de esta manera, puede interpretarse como indicador de la «capacidad natural» (*native capacity*) y no de su habilidad (*proficiency*). Esta nueva gradación se obtiene teniendo en cuenta la diferencia existente para cada niño entre el lugar que ocupa en la clase y aquel que le corresponde en la lista hecha con arreglo a la edad. Aquí sólo tuvo en cuenta Spearman las diferencias absolutas y no las relativas. Un niño que en la clase hace el número veinte y el veintidós en la lista hecha conforme a la edad, se coloca en la nueva gradación encima de uno que en la clase haga el número quince y el dieciséis conforme al número de años.

La tercera manera de formarnos una idea del grado de inteligencia, es para Spearman la impresión que, en general, causa el niño a los demás. Esto fue practicado ya por los maestros, que al hablar de un niño de su clase decían que era de los «listos», de los «medianos» o de los «torpes». Un maestro, dotado de buen sentido, puede clasificar a los niños de cada uno de estos grupos con arreglo a lo que de su inteligencia pueda esperarse.

Por fin, la cuarta forma de exteriorizarse la inteligencia es lo que se conoce con el nombre de «buen sentido» (*common sense*, de los psicólogos ingleses y americanos). La manera de apreciarse esto, según Spearman, debe ser a base de la actuación de los niños fuera de la escuela. El eminente psicólogo inglés cree que tratándose de los escolares de una clase, el mejor procedimiento sería preguntar al de más edad sobre el juicio que en este sentido le merecen sus camaradas. Como el ordenar a los niños a base del testimonio de uno solo conduciría a errores, se procede de la misma manera conforme a lo que diga el que le sigue en edad, y el promedio de las dos listas de este modo obtenidas es lo que nos servirá para nuestros fines.

Convengamos que tal manera de proceder es larga y penosa y aun siendo en apariencia sencilla exige de las personas que interpreten los resultados que estén dotadas de un buen sentido que no es frecuente. Ahora bien, si sigue este camino quien esté capacitado, ¿qué duda cabe que los resultados serán de un valor mayor que aquellos a que se llegue poniendo en práctica una serie de «tests»?

Se comprende, teniendo a la vista lo que antecede, que si se han propuesto pruebas mentales es *para llegar en menos tiempo a un resultado positivo*. Ahora bien; en cuanto a la exactitud de éstas lo que más puede desearse es que se aproxime a lo que se pudiera obtener, siguiendo las normas de Spearman. Por añadidura, aunque una serie de «tests» «en sí» pudiera en teoría ser superior a todo lo que hasta el día se ha propuesto, no olvidemos las múltiples causas de error que en la práctica acompañan a las observaciones hechas en poco tiempo. Si estudiamos las facultades intelectuales de la otra manera, los errores parciales se corrigen al diluirse en todo lo que ha podido verse en el curso de una larga observación.

V

Lo que acabamos de exponer es preciso que sea comprendido con toda claridad para hablar de los problemas relacionados con los anormales. Las dificultades que aquí se presentan aumentan de un modo increíble. Ni aún teniendo en cuenta todo lo que los normales nos enseñan podremos en más de una ocasión formarnos idea exacta del terreno que pisamos.

Por lo que se refiere a la exploración de la inteligencia de los deficientes mentales, podemos afirmar de un modo rotundo que el método de Binet Simon o sus modificaciones pueden prestar ciertos servicios. Pero esto —entiéndase bien—debe estar sujeto a grandes limitaciones y en todo caso sus resultados deben interpretarse bien. Por otro, no olvidemos que lo que deba esperarse del método de Binet no es ni con mucho lo que se ha pretendido.

En los casos en los que el resultado obtenido con la exploración de los «tests» de Binet es negativo, debemos ser extraordinariamente prudentes. Que un niño deficiente mental fracase una o dos veces ante un «test» no quiere decir que en todas las circunstancias sea incapaz de resolverlo. En toda prueba mental hay que tener en cuenta—independientemente de las facultades intelectuales que se pretende explorar—la atención, el aprendizaje y la fatiga, y todo esto, pero particularmente la primera, merece analizarse con interés singular. Muchos niños, sobre todo imbéciles eréticos, son incapaces de fijarse en nada, y se comprende en estas condiciones cuál tiene que ser el resultado obtenido con los «tests». Otros no comprenden lo que de ellos se exige y aunque la prueba mental en sí pudiesen resolverla, prácticamente ocurren las cosas de un modo inveroso. La fatiga suele ser precoz en muchos deficientes mentales y el resultado de ella, que en definitiva se manifiesta por una disminución de la atención, trae como consecuencia que el niño fracase en la resolución del «test».

Comprenderse por todo esto que la exploración psicológica de un deficiente mental está llena de dificultades. Llevada a efecto en la forma que muchísimas veces se hace, no tiene ningún valor. «Lo que para empezar hay que hacer al explorar uno de estos individuos—escribe Bleuler—es ganarse su confianza la primera vez que se le ve. Con esto podrá evitarse una reacción en forma de estupor ante su examen psicológico o el que se coloque en una actitud de rebeldía. Por eso hay que empezar haciéndole preguntas sobre cosas indiferentes, su salud, su situación, etc... y según sea su manera de reaccionar, hay que elegir un terreno en el cual sea accesible al máximo. No olvidemos el sexo; las mujeres poseen más conocimientos de índole práctico, pero, en cambio, por lo que se refiere a conocimientos geográficos y geométricos debe esperarse muy poco». ¡Qué diferencia entre esta manera de ver las cosas y la de los que ignorando esto practicaban el método de Bine! y según sus resultados formaban un juicio definitivo!

La práctica de los «tests» mentales en los deficientes—sobre todo si el grado de éstos no es muy grande—está erizada de escollos. *Si los resultados obtenidos son positivos, la consecuencia que podemos sacar no es otra más que el anormal resuelve las pruebas, pero de aquí no podemos deducir conclusiones más amplias.* Puede ocurrir que un deficiente mental resuelva ya un cierto número de pruebas y, sin embargo, en contra de lo que *a priori* podía esperarse, en la práctica de la vida no se conduce en la forma que hubiéramos podido imaginarnos. Por todo esto, Bleuler, no es partidario de los «tests» mentales. «Se debe—escribe el eximio profesor de Zürich—examinar la inteligencia no sólo en el momento actual, a base de como comprende los asuntos que trae entre

manos, sino también considerando todo lo que el examinado ha hecho anteriormente para analizar cómo se ha conducido. La única piedra de toque es su propia vida».

Lo segundo que no debemos olvidar es que cometeríamos gravísimo error comparando un deficiente mental con un niño sano de su mismo nivel mental. La única consecuencia que podemos sacar es que frente al método Binet-Simon los dos den el mismo rendimiento, pero ahí termina todo. Sobre su inteligencia, sus aptitudes parciales, el grado de experiencia que en el curso de su vida hayan podido adquirir, etc., la escala métrica de la inteligencia no nos dice nada. Es aquí otro de los terrenos donde puede verse la bancarrota de las esperanzas fundadas sobre el método de Binet. Un deficiente mental ya adulto tiene una experiencia mayor que un niño de su nivel intelectual sin anomalías mentales. El primero, lo que sabe puede combinarlo de muchas maneras—no tantas, ciertamente, como un normal de su edad—, pero a veces algunas de ellas, aunque en sí no muy complicadas, no están exentas de un cierto ingenio que nos recuerda trances de los relatados en las novelas picarescas. Un imbécil de dieciocho años, que con todo género de pequeñas industrias llegó a poder adquirir lo más indispensable para su vida, nos relató el procedimiento de que se sirvió en una ocasión para ganar el pan cotidiano. En una capital de provincia, donde las costumbres distaban mucho de ser ejemplares, después de intentar, sin resultado, mil medios para poder comer, consiguió no morir de hambre con las gratificaciones que recibía cada vez que depositaba en el torno del hospicio un hijo ilegítimo. Una vez, conseguir su propósito sin que nadie se enterase, le costó gran trabajo y por el relato de cómo evitó la vigilancia de los serenos en callejuelas poco frecuentadas y menos alumbradas, sin que sospechasen lo más mínimo, la hazaña constituyó una odisea para la que no todos hubiesen valido. Lo difícil de la comisión, lo bien que la llevó a feliz término y el tratarse de la hija de un cacique de cierta importancia, le valió ser gratificado con cincuenta pesetas, «cantidad—fios decía el—que son incapaces de ganar muchos señoritos». Un niño normal con el mismo grado de inteligencia según la escala métrica—que por cierto no era muy grande—, no hubiera podido hacer esto. Jamás se le hubiera ocurrido que con una cosa tan sencilla se pudieran obtener si no pingües ganancias, sí modestos ingresos, que no eran de desperdiciar a falta de otros.

Esto no quiere decir que el método de Binet no deba emplearse. Pero sólo espérese de los resultados que nos proporcione una clasificación muy grosera de los niños anormales con arreglo a su inteligencia.

En los niños anormales con déficit intelectual, lo que verdaderamente debemos averiguar es más aún que el grado de inteligencia, la calidad de ésta y si en algunos respectos existen aptitudes que puedan educarse, para conducir prácticamente a algo. En torno a esta cuestión se mueve el difícilísimo problema de la Orientación Profesional de los deficientes mentales.

De antiguo es ya conocido el hecho de que individuos dotados de una inteligencia inferior son capaces de hacer cosas en las que se muestran particularmente hábiles. Inútil es pretender de ellos que sirvan para nada fuera del terreno en que se distinguen, a veces extraordinariamente, porque fracasarán de un modo rotundo. El caso de muchos bufones, que con un ingenio realmente extraordinario para encontrar en todo la parte humorística; el de muchos jugadores de ajedrez, dotados de una memoria visual que se separa de lo corriente al lado de una inteligencia muy mediana; los que están dotados de una memoria singular para detalles sin importancia y al mismo tiempo son incapaces de comprender las cosas más sencillas, son ejemplos de por sí bastante demostrativos.

La moderna psicología ha estudiado este punto de un modo bastante detallado. Se ha hablado de la inteligencia como una «capacidad general» y de «talentos» parciales para cosas a veces absurdas, coexistiendo con unas capacidades intelectivas malas y a veces muy malas,

Los psiquiatras de los últimos tiempos han descrito una porción de tipos mentales de estos, comenzando el estudio de una materia que en la vida moderna tiene gran importancia. Hoche ha descrito los «imbéciles de salen», que pueden aprender algo, hacerlo valer en forma que engañe a mucha gente y ser capaces de desarrollar una vida de sociedad que, dado como es ésta en casi todos los sitios, puede aparecer hasta brillante.

Muchos débiles, con una psicología que les hace incapaces de comprender y de intentar nada,

si están dotados de cierta pasividad y desprovistos en absoluto de todo sentimiento de rebeldía, pueden hacer carreras que causan asombro. Suegros acaudalados, a título de «buenos muchachos», los buscan para sus hijas, pues es preferible entregarlas a uno de estos a casarlas con personas que, aunque más dignas en todos sentidos, tengan una personalidad mayor. Cuando en el seno de agrupaciones políticas surgen rivalidades entre dos personas igualmente fuertes, con vistas a la hegemonía, «el personaje gris» es buscado con ahinco como jefe para dar tiempo a las nuevas maniobras de aquéllos y así sin talento, sin energía, sin habilidad y aún sin solicitarlo consigue lo que los otros, quizás, no alcanzaran, teniendo en su haber una porción de cualidades en grado superlativo. El tonto vulgar, el ignorante incapaz de comprender nada, si sabe callar—lo que a veces sucede en quien nada tiene que decir—es buscado, solicitado, y aunque para nada sirva es el indispensable al frente de organismos y agrupaciones que sin él no podrían marchar, ya que constituídas a base de la farsa necesitan quien no la comprenda, o si la comprendiere sea incapaz de reaccionar ni de tomar ninguna iniciativa. La frase de Schopenhauer: «la medianía es la mejor carta de recomendación», no expresa la verdad más que a medias y el filósofo de Dantzig se quedó corto al juzgar de la importancia social de los tontos. Si éstos no existieran, habría que inventarlos ya que sin ellos la sociedad no subsistiría.

Al tratar de los «talentos» de los deficientes mentales, debemos tener en cuenta los dos siguientes problemas: ¿Se trata, realmente, de un talento, o sólo nos hallamos ante la apariencia de uno de ellos? Si existe un talento determinado, ¿es éste educable para que, prácticamente, sirva para algo?

Todos los días vemos casos u oímos hablar de individuos débiles o imbéciles que, a primera vista o según el testimonio de sus padres, tienen aptitudes que si se cultivaran les harían sobresalir de un modo extraordinario. Si somos consultados en uno de estos casos, debemos ser extraordinariamente circunspectos y saber con exactitud de lo que se trata. De otra manera, nuestro consejo conducirá a que se haga lo que no sirve para nada, después de gastarse mucho dinero.

Tomemos como ejemplo el caso, no infrecuente, en el que creemos hallarnos ante un deficiente mental, especialmente bien dotado para la música, arte para el que según opinión de la mayoría de los autores, ciertos imbéciles mostrarían condiciones extraordinarias. Algunos de estos presentan realmente una memoria musical extraordinaria, y después de un concierto recuerdan temas difícilísimos de retener y evocar después de una sola audición. Otros solo parecen mostrar interés para asuntos musicales y lo relacionado con esto es lo que únicamente parecen comprender. Pero aquí y en otros casos análogos, ¿nos hallamos ante individuos dotados de un verdadero talento musical? Nuestra experiencia nos ha convencido de un modo terminante de que solo se trata de algo aparente. Lo que llamamos «talento musical» o dicho de otra manera un sentido de la música muy desarrollado ya, consta de varios componentes. Una capacidad fina de diferenciación de tonos, un alto sentido del ritmo, una cierta memoria musical y un modo de reaccionar afectivamente ante temas musicales, dándoles subjetivamente un valor que sea ya distinto del de los demás, no es más que lo primero que se nos ocurre al tratar de analizar la aptitud para la música. Una de estas cualidades puede ser extraordinaria para los profanos y hasta sorprendente para los realmente entendidos, pero trátese de cultivarse y se vera a lo que conduce.

Un imbecil hidrocéfalo de catorce años de edad y un nivel mental de siete, que además padecía de ataques epilépticos, hizo creer que en el piano sería una verdadera maravilla. El solfeo lo aprendió a duras penas y en el piano, la torpeza de los movimientos en los dedos, síntoma ya de antiguo conocido en los imbéciles, apenas le permitió aprender una escala. Sólo en la de *Do* mayor, donde únicamente se toca sobre teclas blancas, pudo conseguirse que, aunque lentamente, los dedos de las dos manos coincidieran hiriendo al mismo tiempo las correspondientes a las notas del mismo nombre.

En otros casos, la aptitud musical aparece aún más extraordinaria, como de más altos vuelos, pero siempre hemos visto que prácticamente no ha conducido a nada. A veces una incapacidad absoluta de perseverar en el estudio de la música, ha hecho que no haya podido verse si realmente existía o no disposición musical. Para el caso es como si no la hubiera.

Estamos completamente convencidos que ejemplos como el de Mackenzie Baton, en el que un

idiota de doce años mostró condiciones extraordinarias para la música, esto era solo aparente o no se estudió con detenimiento y en todo caso tal aptitud no era educable. Los estudios practicados últimamente en Alemania en anormales, valiéndose de las pruebas que hace años ya ideó en Norteamérica Seashore, parecen darnos la razón de un modo definitivo.

Muchos imbéciles muestran talentos para trabajos manuales que no exigen operaciones mentales complicadas, y si por añadidura su afectividad es de índole tórpida pueden dedicarse a ellos con una constancia y aplicación mayores que la de muchos normales. En estos casos muchas de estas disposiciones son aprovechables y si además son de las que pueden producir algún rendimiento, puede llegar el anormal en cierta forma a ganarse su vida.

El descubrimiento de estas aptitudes—que no siempre existen—no es tan fácil como a primera vista parece. Creemos que con las pruebas mentales es muy difícil resolver esta cuestión. Aun prescindiendo de los «tests» verbales y practicando aquellos cuyo fin es hacer algo en una forma determinada (*performance tests*, de los americanos), no se llegará en todo caso a descubrir uno de estos pequeños talentos.

Recientemente, en la educación de los deficientes mentales se ha incluido el trabajo manual. Las múltiples ocupaciones de este tipo que se recomiendan en la moderna educación de anormales pueden indicarnos en ocasiones, si en algún sentido el niño posee aptitudes utilizables. Pero esto que en teoría está lleno de promesas, en la práctica no es del mismo valor.

El único procedimiento de averiguar las aptitudes del deficiente mental es una observación continuada del mismo llevada a efecto por una persona competente. No olvidemos, sin embargo, que estas aptitudes no existen en muchísimos casos, en otros se hallan en estado rudimentario y solo en poquísimos—si el déficit mental es ya de alguna importancia— son utilizables.
